ALMA FILIPINA

COMEDIA

EN

UN ACTO

Y

EN PROSA

ORIGINAL DEL

SR. SEVERINO REYES

MANILA:
Imp. de I. R. MORALES
11-13 Plaza Miranda, Quiapo

A la Sociedad Dramática de aficionados "Talia"

Dedica esta obrita en testimonio de profunda gratitud y admiración.

EL AUTOR.

Alma Filipina

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DEL

Sr. Severino Reyes

ESTRENADA EN EL TEATRO "GRAND OPERA HOUSE" EL 17 DE JUNIO DE 1911, POR LA SOCIEDAD DE AFICIONADOS "TALIA", BAJO LA DIRECCIÓN DEL SR. JULIO GONZALEZ.

MANILA: 1911

Imprenta, Librería y Papelería de I. R. Morales

Plaza Miranda, 11-13, Quiapo.

PERSONAGES:		ACTORES:
NINA,	hijas en primeras nupcias de - - - - - -	Sra. M. de Miranda.
BELÉN,		,, P. R. de Suarez.
DON RAFAEL,	padre de- - - -	Sr. J. de San Agustin
EDUARDO,	hijo de- - - - - - -	,, J. S. Galvez.
CARMEN,	esposa en segundas nupcias de Don Rafael- -	Sra. Alianza.
SANCHEZ,	amigo de la familia -	Sr. Francisco Zamora.
MONOY,	criado- - - - - - - -	,, Mallares.

Esta obra es propiedad de su autor y nadie sin su permiso podrá ponerla en escena.

ACTO ÚNICO.

*Sála de una casa rica; á la izquierda del expec-
or, un sofá con dos sillas en cada lado; á la
echa, un velador con varias sillas al rededor; sobre
mesa dos albums de postales.*

*Al levantarse el telon, Don Rafael sentado en una
las sillas al lado del velador, leyendo un periódico.*

*Nina y Belén, al momento aparecen por la de-
ha, segundo término.*

ESCENA PRIMERA.

Don Rafael, Nina y Belén.

INA. Papá: ¡no creíamos que te habías casado con Carmen, para que nos haga sus criadas!

EL.ÉN. ¡Para que la sirvamos como á una gran señora!

.RAFAEL. ¿Porque me decís esas cosas? Carmen es buena, Carmen es para vosotras una madre cariñosa.

NINA. Carmen no podrá ser nuestra madre. ¡Nunca! ¡Jamás!

BELÉN. Ni la llamamos tía.

NINA. No nos hace falta su cariño: gracias. ¿Cariño de una tía? ¡Ya! ¡ya! ¡Sí, que es una verdadera tía!

D. RAFAEL. ¡Nina!

NINA. Siempre vas en su favor, siempre la defiendes.

D. RAFAEL. ¿Como no he de ir en su favor, si veo que es buena?

NINA. ¿Buena? (*Dirigiéndose á Belén*) Como se conoce que papá ya tiene la vista cansada.

BELÉN. ¡Vaya una bondad que ha visto papá! Lo que debemos hacer, ya que papá no nos quiere....

NINA. Casarnos pronto, pero lo más pronto posible, con cualquiera.

BELÉN. Y así, papá podrá querer más á su doña Carmen. (*Con sorna las últimas palabras*).

D. RAFAEL. ¡Que tontas!

NINA. Si, tontas; la única lista es esa tú gran señora, que ya son las ocho y aún está roncando.

BELÉN. Duerme aún como un lirón.

NINA. Mientras nosotras, sus criadas, ya hemos terminado con la limpieza de toda la casa.

BELÉN. ¡De toda! ¡De toda!

NINA. Para que lo encuentre todo limpio cuando se levante ¡la gran Princesa!

D. RAFAEL. ¡Qué manera de hablar, Santo Dios! Tan temprano y ya me dan dolor de cabeza. (*Pausa*)

NINA. ¿Sabes papá que ayer esa doña Carmen.....?

D. RAFAEL. ¿Qué? ¿qué ha hecho doña Carmen? (*Con tono ya cansado.*)

NINA. ¡Nada! No ha hecho nada... (*Resentida*)

D. RAFAEL. ¿Qué ha hecho? ¡df! (*Cambiando de tono*)

NINA. Pues, ayer ha comprado seis camisas de las muy caras y ocho sayas de las más modernistas.

BELÉN. ¡De las que no hemos comprado nunca!

NINA. Y ella que es una mujer casada ¿por qué ha de comprarse tanta ropa?

D. RAFAEL. ¡Por Dios! ¿Creis acaso, que porque una está casada debe ir ya desnuda?

NINA. No decimos que vaya desnuda; pero, lo que hace es demasiado. ¿Porque tanta ropa?

D. RAFAEL. No debeis censurar que una casada se haya comprado mucha ropa; cuanta más ropa tenga, mejor, para que se vista bien. Siempre he criticado la costumbre de muchas mujeres de abandonarse terriblemente en cuanto están casadas y tienen hijos, presentándose de cualquiera manera delante de todo el mundo y, para acallar al nene, sacan á la vista de cualquiera los preciosos depósitos del nectar de la vida que tanto tiempo los guardáran como una reliquía. ¡Horror!

Pero, niñas, ¿porventura, no os compraís también ropa?

NINA. ¿Nosótras?, una vez al año y gracias.

BELÉN. En cambio, esa señora, todos los días. (*Pausa*).

NINA. Otra cosa, papá:

D. RAFAEL. ¿Qué?

NINA. ¿Porque permites que tu mujer vaya á jugar al panguingue? ¡eso es muy malo!

D. RAFAEL. ¡Y tan malo!

NINA. Sabiendo tu, que es malo, ¿como consientes que ella juegue á eso?

D. RAFAEL. ¿Que le voy á hacer? seria peor que jugára con fuego.

NINA. ¿Y que es eso de jugar con fuego? ¿es un juego nuevo?

D. RAFAEL. Como nuevo, no: ya es muy antiguo, es tan antiguo como el comer, pero es el peor de los juegos, y fatal, fatalísimo, para las mujeres.

BELÉN. Papá, ¿es más malo que el *hueteng*?

D. RAFAEL. Tóma, el funésto *hueteng*, que es la pesadilla del Juez Municipal, resultaría un inocente juego de angelitos comparado con el "jugar con fuego."

NINA. Y has dicho que es muy malo para las mujeres ese juego: ¿y para los hombres, no es malo?

D. RAFAEL. ¡Que curiosas! Para los hombres, no tanto, pero no deja de ser malo..... ¡mecachis! He dicho que para los hombres no resulta tan malo ese juego, porque los hombres tienen más fuerza de voluntad y pueden perder poco.

NINA. Pues, no debes permitir que Carmen vaya á jugar ni al panguingue.

D. RAFAEL. No es posible prohibírselo, no.

NINA. ¿Que no es posible? ¿se moriría acaso?

D. RAFAEL. Tanto como morirse, no: pero, si ya es como una ley, aunque no de las dictadas por nuestras Camaras, "que todas las mujeres casadas tienen que jugar al panguingue". Vosotras también jugareis cuando seais casadas, ¡ya lo creo!

NINA. ¿Qué sabemos de eso?

D. RAFAEL. Es muy facil; ¡ya lo sabreís, ya! (*Vase D. Rafael á la derecha*).

NINA. Belén; ¿no has notado que papá quiere mucho á Carmen?

BELÉN. ¿Qué duda cabe? Papá quiere á Carmen, más que á nosotras.

NINA. Tanto cómo quererla más que á nosotras, no: ¡estoy convencidísima de que no!

BELÉN. ¿Sabes, Nina, que ayer la chillé á esa doña Carmen *Bibingca?*

NINA. ¿Tu, ayer sólo? Pues yo, chica, todos los días y todas las veces que tengo ocasión, la chillo y la armo bronca y no páro hasta hacerla llorar. ¡Vaya! esa tía no puede conmigo.

BELÉN. Ni conmigo tampoco. Hace dos días que la estaba retando para un *boxing*.

ESCENA SEGUNDA.

Las mismas Nina y Belén. Desde dentro, Carmen, D. Rafael, y luego este.

CARMEN. (*Desde dentro, izquierda*) ¡Rafael! ¡Rafael! Un momento.

D. RAFAEL. (*Desde dentro, derecha*). ¡Voy!

NINA. ¡Ya se despertó la gran señora!

BELÉN ¡A buena hora!

Sale D. Rafael atravesando la escena de derecha á izquierda, con sombrero puesto y paraguas á modo de bastón.

NINA. (*Saliendo al encuentro de D. Rafael*). ¿Ves qué hora de levantarse gasta tu buena señora? (*Recriminándole*).

D. RAFAEL. ¡Dejadla, por Dios! La pobre no se mete con nadie. (*Diciendo, váse á la izquierda. Le sigue Nina haciendo visajes.*)

BELÉN. ¿Has oido lo que dijo papá?

NINA. Sí: que Carmen no se mete con nadie; tiene razón, pero, no sabe él que nosotras somos las que nos metemos con su mujer.

BELÉN. Y no la dejamos en paz.

NINA. (*Dirigiéndose en alta voz á Carmen que sigue dentro izquierda*) ¡Vaya una hora de levantarse de la cama!

BELÉN. (*Lo mismo que la anterior*) ¡Ya puede tener un poco más de vergüenza!

Vánse corriendo hacia la derecha.

NINA. (*Sale con Belén*) ¿Donde está la carta de papá?

BELÉN. ¿Donde está?

CARMEN. (*Sin volver la cara*) Ahí está sobre la mesa. (*Vase*)

ESCENA CUARTA.

Nina, Belén, Sanchez y Carmen.

NINA. (*Después de leer la cartita*) Llegó Eduardo,

BELÉN. Entonces, más orgullosa se pondrá doña *Boba*.

NINA. ¿Boba eh? fiate de las bobas: perro callado muerde mucho. Esa es más lagarta que cualquiera de nosotras. Es una hipócrita.

SANCHEZ. (*Sale*). Hola, simpáticas niñas (*Dando la mano á Nina.*) ¿qué tál?

NINA. Bien, Sanchez, bien, ¿y tu?

SANCHEZ. Regular, chica, regular (*Dando la mano á Belén*) ¿que tál Belén?

BELÉN. ¡Regular de *bibingka*! igualmente.

SANCHEZ. ¡Siempre guasona! ¿Conque tu eres regular de *bibingka*, eh? (*Dando palmaditas á Belén en la barbilla*).

BELÉN. ¡Salvaje!

SANCHEZ ¿Dicen que llegó Eduardo?

NINA. Eso dicen.

BELÉN. Dicen eso.

SANCHEZ. ¡Caramba! ¿que es ésto? Entiendo que si vuelve un hermano desde tierras muy lejanas, como de América, por ejemplo, las hermanas del recien llegado deben

ponerse contentísimas. Me extraña que estéis indiferentes. No me explico.

NINA. ¡Pshc!

BELÉN. ¡Que llega! ¿y que?

NINA. Su madre que se ponga contenta y que de contenta se vuelva loca.

BELÉN. ¡Mejor!

NINA. Con llevarla otra véz al Hospicio, punto concluido. Ella sabe ya el camino. ¡Que bien poco trabajo nos dará la projima!

SANCHEZ. Cada véz me explico menos. ¿Tan mal quieren ustedes á la madrastra?

NINA. ¿Nosotras? ¡ni bien ni mal! (*Con indiferencia fingida*).

BELÉN. No se mete con nadie, como dice papá.

SANCHEZ. No está bien eso. Es necesaria la armonía.

NINA. ¡Gracias por la armonía!

SANCHEZ. Bueno, quisiera saludar á doña Carmen para felicitarla por la llegada de Eduardo.

NINA. Está allí, salúdala si quieres.

SANCHEZ. (*Acercandose hacia el cuarto de Carmen*) Buenos días, doña Carmen.

CARMEN. (*Desde adentro*) Voy, Sanchez, voy enseguida.

NINA. ¡Tunante! si no saludas á Carmen, te mueres. Me la ves á pagar.

CARMEN. (*Sale*) Buenos días, Sanchez (*Se dan las manos*).

SANCHEZ. Le doy la más cumplida enhorabuena por la llegada de Eduardo y por la terminación de su carrera.

CARMEN. Gracias, Sanchez, muchas gracias.

NINA. (*A Belén*) ¡Mira qué cara pone la gran Señora!

SANCHEZ. Conque, ¿tenemos un Abogado más?

NINA. (*Desde la silla al lado del velador donde se había sentado*) Un Abogado más sin pleitos, como hay muchos.

BELÉN. ¡Qué tonto!

CARMEN. (*Aparte*) Más tonta eres tú, pécora.

NINA. Se hizo Abogado sabiendo que ahora hay exceso de Abogados, y muchos de ellos no digo que se mueren de hambre, porque en este hospitalario país nadie se muere de hambre, sino de inanición ó de inércia, porque hay más Abogados que *basagulos*. Hoy se cumple al pie de la letra lo del Evangelio: "Paz en la tierra entre los hombres de buena voluntad."

Te equivocas, Nina, cuantos más Abogados haya, mejor que mejor; así probamos ante la faz del mundo que la capacidad filipina no es un mito.

Eduardo ya vivirá, siempre habrá pan para todos; pleito no faltará: mientras haya dos hombres en la tierra habrá pleito; ¿no mató Cain á Abel? ¿Qué más ejemplo quiere el mundo?

NINA. Quería decir, que hubiera sido mejor haberse hecho Galeno, que es más lucrativo.

SANCHEZ. ¿Médico? ¡Nunca! Esa es la profesión más ingrata.

NINA. ¿Como ingrata?

SANCHEZ. Ya lo creo que es ingrata, mientras

un médico tiene suerte y cura enfermos, ¡muy bien! aquel médico es la bendición de aquella familia, es el milagroso San Antonio; pero, en cuanto la cambia la suerte y en vez de sanar enfermos, empieza á matar uno ó dos, ese el médico es la maldición de la familia, y aunque sepa más que Hipócrates, sería un ignorantón. No resulta, puede ser médico.

NINA. Parece que tienes razón. Y además he notado que los médicos son como las formas de nuestras faldas.

SANCHEZ. ¿Como es eso?

NINA. Qué caen en desuso.

BELÉN. Pero también hay abogados que caen en desuso.

SANCHEZ. ¡Toma! y ¿quien no cae en desuso en esta vida?

CARMEN. Pues, á mi hijo, no dije qué carrera debía seguir, escuché un asunto que lo he dejado á su completa y libre discreción; solté le advierte antes de embarcarse para América: tu escoge la carrera que quieras, la que más te agrade; pero la que prefieras, la irás á terminar bien y con notabilidad; de no ser así más vale que te quedes á para ayudar á tu padre en la administración de nuestros bienes." (*levantándose.*)

NINA. (*Aparte*) ¡Qué tonto, Señor! ¡Qué hinchada se ha puesto!

BELÉN. (*Aparte*) ¡Jesús! (*se*).

CARMEN. Con permiso de usted, Sanchez. (*San-*

chez se levanta y dá la mano á Carmen).

SANCHEZ. Es usted dueña. (*Carmen vase.*)

NINA. ¿Dueña de qué? (*Metiendo el abanico en la cara de Sanchez.*)

SANCHEZ. (*Se aleja un poco*). De ésto, del mio cord. (*Poniendo ambas manos en el pecho, frente al corazon*).

NINA. (*Muy ofendida*). Sí, pásalo por broma. Ya sé yo que allí dentro hay algo de verdad.

SANCHEZ. ¡Nina!

NINA. ¡*Carambi* con la suma galantería de este caballero! (*A Sanchez*) Solo te pidió permiso para dejarte un rato, y ya la diste la mano, y la apretaste así... (*Accionando*) con pasión vehemente. ¡Caracoles con el Señor de Sanchez! ¿Soy tonta acaso?

SANCHEZ. Ya lo creo que no tienes nada de tonta, pero, me parece que te pasas de lista. (*Aparte*), Si me caso con ésta, me luzco. Esta sobrina me vá pareciendo una tía.

NINA. Para decirte más claro: hace tiempo que os vigilo.

SANCHEZ. ¿Vigilarnos? ¡qué barbaridad! ¿qué te has creido?

NINA. Sí, cómo lo oyes. Y he notado que siempre que te encuentras delante de esa tía, te pones... (*Accionando*) así... y muy posturioso. A mí no me engañas. (*Y le pega con el abanico*).

SANCHEZ. ¡Aray! (*Aparte*) ¡Señor! que venga otro más guapo y le regalo estas caricias.

ESCENA QUINTA.

Nina, Sanchez, Bilía, Eduardo y Carmen; y luego D. Rafael.

EDUARDO. (*Desde dentro*) ¡Mamá! (*Todos corren hacia el foro*). (*Eduardo sale*).

CARMEN. ¡Eduardo!

EDUARDO. ¡Mamá! (*Se abrazan y lloran ambos*). (*A sus hermanas*) ¡Hermanas mías! (*Besa á cada una en la frente*).

(*A Sanchez*). ¡Amigo Sanchez!

SANCHEZ. ¡Muy bien venido!

EDUARDO. ¡Muy bien hallados!

SANCHEZ. ¿Y como ha sido el viaje?

EDUARDO. Delicioso. Dá gusto viajar cuando el mar está tranquilo. A bordo tuvimos también un gran baile de máscaras, es decir un *petit Carnival*.

¿Y ustedes, qué tal? ¿os habeis divertido mucho durante el Carnaval?

SANCHEZ. En grado superlativo, chico: si no, que lo digan tus hermanas, que no perdonaron ni una sola noche de acudir á la Gran Ciudad de los locos-cuerdos.

NINA. Natural: eran sólo nueve días de vida y había que gozarla y apurando hasta las heces. En el noveno día salimos de aquella Ciudad el décimo.

EDUARDO. ¿Como es eso?

NINA. Quería decir que salimos de la Ciudad del Carnaval á las seis *a eme* del décimo día.

DUARDO. ¡Caramba, me alegro! (*A Carmen*) ¿Y tú, mamá, no te has divertido en el Carnaval?

ARMEN. No he visto siquiera el cerco de esa Ciudad.

INA. (*Aparte*) Tenía poco que ver: es de sawal de Tarlac.

DUARDO. ¿Tienes cara de enferma mamá? ¿Qué tienes?

ARMEN. Nada. Tal vez por el calor que no me deja dormir por las noches.

INA. (*Aparte*) Qué importa, si lo hace de día. (*Con sonrisa burlona.*)

ELÉN. (*Aparte*) Hay que preguntarla á qué hora se levanta.

. RAFAEL. (*Sale*) Vamos á tomar algo, para hacer tiempo.

ARMEN. Tú, Eduardo, debes tener apetito; véte á tomar alguna cosa.

DUARDO. Yo, no; antes de dejar el vapor, el Capitán, que es bellísima persona, se empeñó en que tomase algo y me tomé un *bistek* así... (*Mostrando con la mano el tamaño.*)

Sanchez, acompaña á mis hermanas.

¿Y tú, mamá, no tómas nada?

ARMEN. No, no tengo ganas. (*Aparte*) ¡Si supiera mi hijo que no me he desayunado aún!

DUARDO. Me quedaré un rato con mamá. (*Dirijiéndose á los demás.*)

(*Todos vánse menos Eduardo y Carmen que se quedarán sentados en el sofá.*

ESCENA SEXTA.

Carmen y Eduardo.

CARMEN. (*Llorando*) ¡Gracias, hijo mio, que has vuelto á tiempo! ¡Sálvame!

EDUARDO. (*Levantándose asustado*) ¿Cómo? ¿qué te pasa, mamá?

¿Quien te hace daño?

CARMEN. ¡Aquí me estan matando!; tus hermanas son mis verdugos. ¡Me maltratan inhumanamente!

EDUARDO. Pero, ¿qué me dices? ¿Y mi padre qué hace?

CARMEN. Habla despacio, Eduardo.

EDUARDO. Pero, ¿se ha vuelto loco?

CARMEN. ¿Tu padre, ó es debil que se deja dominar de sus hijas, que son unas arpias, ó quiere más á ellas que á mí.

No sé en que estará pensando; lo cierto es que su actitud pasiva me aniquila, me mata..... Cansada ya de quejarme á él, opté por callarme; tal vez por eso dices que tengo cara de enferma: porque me estoy consumiendo poco á poco. (*Llora*).

EDUARDO. ¡Póbre madre mía! ¡Debes sufrir mucho! Lo conozco.

CARMEN. Todos mis actos son censurados por ellas: que porque me compro ropa; que porque adquiero joyas; que porque juego al panguingue. Todo lo ven y todo lo comentan.

EDUARDO. Pero ¿tan malas són? ¿qué tienen que

ver con lo que tu haces?

Pero, mamá, lo del panguingue. no está bien. (*Cambiando de tono.*)

ARMEN ¡Si juego lo mío!

DUARDO. Sin embargo; yo te aconsejaría que no juegues más al panguingue. Procura evitarlo; siempre es juego y todo juego es malo y de muy malas consecuencias.

ARMEN. Si solo juego por estar fuera de casa, por no ver las caras de esas panteras.

DUARDO. Si es sólo por eso, puedes salir á paseo por las tardes á la Luneta, y si quieres más dejos, pasa alguna temporada en Marilaw ó en Sibul que resultaría mejor para tu salud. No juegues más. (*Muy cariñosamente*).

ARMEN. ¿También quieres privarme de mi única diversión?

DUARDO. Hoy, mamá, ya no es diversión el panguingue. Antes sí; pero, desde que se inventaron el fantoche, calidad, favorita y saltos, de que tengo noticia, ya no es diversión, es ya cuestión de despellejarse unas á otras, y, como resultado final, la ruina. Además, eso del juego es un punto de censura en el que no podré defenderte. (*Carmen váse*).

ESCENA SÉPTIMA.

duardo, Sanchez, Nina, Belén, D. Rafael y Carmen.

ANCHEZ. (*Sale*) Eduardo, reitero mi felicitación: bien venido y enhorabuena. ¿Qué, ocuparás algún cargo en el Gobierno?

EDUARDO. Creo que no: probaré ejercer la profesión.

SANCHEZ. Así me gusta, poner en práctica lo que uno ha aprendido. Te deseo innumerable clientela.

EDUARDO. Gracias, chico. (*Se dan las manos.*)

SANCHEZ. Adios, Nina.

NINA. Adios. (*Se dan los manos.*)

SANCHEZ. Adios, Belén; me marcho, por [illegible] estar en Belén.

BELÉN. No podrás estar en Belén, por[illegible] estás en Bahía, Sancho Panza. (*Le [illegible] con el abanico.*)

SANCHEZ. Adios. (*Váse riéndose.*)

EDUARDO. (*Muy grave*) Mis queridas hermanas: quisiera aprovechar ésta oportunidad de hallarme á solas con vosotras. Hace ya tiempo que deseaba hablaros de un asunto (*Dá una vuelta y coje una silla.*)

NINA. (*Aparte*) No me gusta la actitud de éste.

BELÉN. (*Aparte*) A mí tampoco: está sério.

NINA. Como tu quieras, Eduardo.

EDUARDO. Siéntate, Nina; (*A Belén*) y tú también. (*Eduardo también se sienta delante de las dos.*)

NINA. Pero, ¿nos vas á someter á un juicio?

EDUARDO. No enjuicio á nadie, ni tengo derecho de hacerlo.

El sagrado deber de un hijo me obliga á molestaros: mejor dicho, ocupar un rato vuestra atención. No deseo más que una aclaración.

Como buenas hermanas mías que sois, ¿no soy, por ventura, de vuestro aprecio?

NINA. ¿Qué duda cabe? ¡No sé á qué viene esa pregunta!

BELÉN. Eduardo, ¿por qué hablas de esa manera?

EDUARDO. Es que tenía entendido, que si me apreciábais á mí, apreciariaís también todo lo mío, ¿no es así? Lo mismo que yo: porque os quiero sinceramente, cómo á buenas hermanas, quiero también lo vuestro; ¿porque no haceís conmigo lo que hago con vosotras, queriendo también lo mío, á mi pobre madre, que es un angel, á quien más aprecio en esta vida?

NINA. Pero, ¿qué motivos tienes para decirnos que nosotras no queremos á tu mamá?

EDUARDO. ¿Motivos? ¡Ah! ¡sobradísimos, hermanas mías! ¡A mi pobre madre la maltratais; continuamente la estais ofendiendo, y, muchas veces, la infelíz es objeto de vuestras sangrientas burlas! ¡Soís muy crueles para con ella!

NINA. Te equivocas, Eduardo.

BELÉN. Eso no es cierto.

EDUARDO. Pero ¿que ha hecho mi madre para que la trateis así? (*Pausa*).

¡Ah!, sí, mi madre ha cometido una falta, un delito grave, el de haber hecho felíz á vuestro padre! (*Recalcando las últimas palabras.*)

NINA. Eduardo, no digas eso; nuestro padre es también tu papá.

EDUARDO. Francamente: había creido que sabreís apreciar mejor el cariño que os tenía mi mamá: también creí que papá lo agre-

decería..... pero, me he desengañado. (*Pausa.*)

¿Podreis negar que mi madre os quería? No, no podreis negarlo, porque no es posible olvidar los tiernos recuerdos.

¿No os acordais ya, que cuando eramos pequeños y yo os hacia llorar por mis travesuras, mi mamá me castigaba duramente y os daba siempre la razón? ¿No os acordais ya que ella os abrazaba y os cubría de besos hasta que cesabais de llorar? ¿No recordais que mi mamá para mortificarme os llevaba á paseo y volvíais á casa muy orgullosas, cargadas de infinidad de juguetes, todos para vosotras y nada para mí? ¡Muy mala memoria teneis! Sí: mi madre os quería, porque ella sabía que en vuestras venas corre una misma sangre que en las de su hijo, por eso soís para ella tiernas hijas del corazón: pero, vosotras, lejos de cultivar aquel sincero cariño que la pobre os brindára, ¡lo habeís despreciado!

NINA. ¡Eduardo, tus palabras nos hacen daño! (*Lloran.*)

(*Eduardo al decir las últimas palabras, se había levantado y lleva la silla lejos de él; el ruido ha llamado la atención de D. Rafael y este sale asustado.*)

D. RAFAEL. ¿Qué altercado es ese? ¿qué pasa?

NINA. Nada, papá: que Eduardo, como se ha educado en América, y se ha hecho Abo-

gado, se cree ya, un honorable Juez y nos está enjuiciando.

EDUARDO. Nina, no soy Juez, ni enjuicio á nadie.

NINA. Se ha hecho un nuevo Lincoln y está defendiendo á su mamá, á quien, dice estamos esclavizando.

BELÉN. Nos acusa de que martirizamos á su madre.

D. RAFAEL. Eduardo: nunca había creido que pudiera ocurrir en tí lo que dicen nuestros detractores, esos enemigos constantes de nuestro progreso y civilización: que los jóvenes filipinos que se educan en América, llegan á perder ese sagrado sentimiento que se llama amor fraternal; porque la sajonización produce grandes trastornos en el organismo y en las funciones del corazón. ¿Se ha despojado, por ventura, tu alma, que era sensible, de las bellas prerrogativas que la adornaban? ¿dejó de ser filipina? (*Eduardo cabizbajo y pensativo*).

¡Esa acusación es falsa! ¡Tu madre está bien tratada aquí!

EDUARDO. ¡Falsa acusación! ¡Bien tratada aqui! ¡Ojala fuera verdad todo eso! ¡Hermosísima frase: ¡bien tratada! ¿Que más quisiera?

CARMEN. (*De repente sale*) ¿Bien tratada? ¡Mentira! ¡Esas son unas infames; son mis verdugos. (*Señalando á Nina y Belén.*)

D. RAFAEL. (*Acción de atacar*) Carmen, ¿te atraves á repetir lo que..... (*muy nervioso.*)

EDUARDO. (*Colocándose en medio*) Retírate mamá; haz el favor.

(Conduce á Carmen, hacia su alcoba: al volver se encuentra frente á frente con D. Rafael que se esforzaba por entrar en el cuarto de Carmen; Eduardo le coje en el hombro).

Papá: ha llegado el momento de que hablemos claro.

Obran en mí poder cartas de buenos amigos, en las que me habían informado de todo lo que aquí en casa sucede: ¡de todo!

¿Me habeis comunicado, acaso, que mamá se había vuelto loca, y la habíais ingresado en el Hospital de locos, donde estaba confundida con los rematados? ¡No; y, sin embargo, lo sabía!

Conservo hasta la carta de un doctor amigo, en la que me aconsejaba que cuanto antes, separase á mí mamá de mis buenas hermanas, porque de lo contrario, la perdería para siempre; y que si otra vez se perturbase el juicio, sólo Dios podría curarla.

D. RAFAEL. ¡Ese Doctor es un impostor! ¡Dáme su nombre y verás si no le arranco la lengua!

NINA. ¡Cuanta mentira, Dios mío!

BELÉN. ¡Cuidado que se inventan cosas!

EDUARDO. Sí, papá; y de todo ésto nadie tiene la culpa más que tú, que has consentido que tus hijas maltraten á tu esposa.

D. RAFAEL. ¡Eduardo por Dios! no hables así. Eso no es cierto.

EDUARDO. Hablo así, porque debo hablar así, claro y sin rodeos, padre mío. No he aprendido otra manera de hablar: en mi pecho no

impera la dobléz; no soy hipócrita; siempre he sido franco, y lo soy. ¡No guardo nada!

D. RAFAEL. Eduardo haz el favor de dirigir la mirada hacía donde procedes.

Después de innumerables sacrificios para educarte en los Estados Unidos, ¿así me correspondes? ¿Así se agradecen los favores?

EDUARDO. ¡Ah, papá!: no quisiera tocar ese punto, porque temo herirte; no es mi ánimo en éste momento, herir al autor de mis años. ¡No! ¡Pero me obligas! Si me he educado en América, no ha sido á costa tuya, nó; es necesario que todo esto la oigan bien estas tus hijas; ha sido á costa de mi herencia, mejor dicho del caudal de mamá.

D. RAFAEL. ¡No seas así, Eduardo!

EDUARDO. Tú lo has querido, papá. Y ya que aquí se trata de echar en cara los favores que se hayan hecho los unos á los otros, diría más claro, aunque duela más también: (*acercándose hacia Nina y Belén*) estas señoritas que hoy maltratan á mamá, se educaron en los mejores Colegios, ¿á costa de quién? ¡A costa (*señalando el cuarto de Carmen*) de esa pobre loca que hoy llora su infortunio!

Todo ésto lo sabíais demasiado.

Y vosotras que pareceis muy buenas cristianas, que os confesais con frecuencia, para limpiar vuestras conciencias, que comulgais amenudo por estar en gracia de Dios y rezais día y noche para me-

recer la gloria eterna, ¿no os han dicho, alguna vez, vuestros sabios confesores, que los desagradecidos no entran en el cielo?

(*Nina y Belén lloran.*)

D. RAFAEL. ¡Esa lengua, ten, Eduardo!

EDUARDO. Papá: si mamá te hubiera resultado una mujer vulgar y esposa infiel, y tú, en defensa de tu honor mancillado, la hubieras matado, éste mismo hijo, quizás, sancionaría el acto de justicia ejecutado por tus propias manos; pero, yo estoy convencidísimo de que ella es una santa, como muy bien lo sabes, ¿y tienes corazón para consentir que tus hijas la maltraten? ¡No tienes perdon de Dios, papá!

D. RAFAEL. ¡Eduardo!

EDUARDO. Debes comprender que éste estado de cosas no puede, ni debe prolongarse por más tiempo: mamá y tus hijas no caben ya en una misma casa.

Solo deseo obtener de tí una categórica contestación á una sencillísima pregunta que hoy te haré:

D. RAFAEL. ¿Y qué pretendes?

EDUARDO. ¿Quieres separarte de tus hijas, pasando á vivir con mamá y conmigo? A tus hijas, que son ya mayores, podrás dejarlas al cuidado de tu hermana Joaquina. (*Pausa.*)

Recapacita, papá, que es la mejor y la única solución para éste arduo problema de familia; yo te prometo bajo

mi palabra de honor, que te querré mucho y no amargaré jamás los años que te restan de vida. A tus hijas las pasarémos una pensión decente para que gozen vida holgada. Nadie, mejor que tu, conocerá la cuantía de nuestra renta. (*Pausa.*)

Contesta, papá, que la decisión urge. (*Pausa.*)

D. RAFAEL. ¡No! ¡no es posible! Mis hijas son solteras y mi responsabilidad sería enorme si las abandonára.

EDUARDO. ¡Basta!, es lo único que deseaba saber. Ahora, padre mío, haré lo que debo hacer:

¡Mamá!, ¡mamá! vén; vámonos de aquí.

(*Carmen sale y Eduardo la coje del brazo: formaran un grupo en frente del que formasen D. Rafael Nina y Belén*).

Mamá y yo, desde éste momento, abandonarémos ésta mansión que me sirvió de cuna; pasarémos á vivir á nuestra casa en la Ermita, y así terminamos de una vez, con éste enojoso asunto.

D. RAFAEL. (*Trata de cojer á Carmen, pero la impide Eduardo*). Eso no puede sér. Yo me opongo. Tu madre es mi esposa y vivirá conmigo, mientras yo exista.

EDUARDO. Tienes razón; ella es tu esposa y esposa fiel, virtuosa, cariñosa y solícita: pero, á mí, como hijo suyo, la ley no solo me autoriza, si no que me obliga á que yo la ampare.

RAFAEL. Ella no necesita de tu amparo. (*Pausa.*)

EDUARDO. (*Cambiando de tono*) ¿Permitirás, por ventura, que lleguemos ante los Tribunales y que allí, delante de miles de personas, probára yo hasta la saciedad que mi padre es un hombre débil y esposo indigno?

¿No crees, papá, que es muchísimo mejor y más prudente que lavemos en casa éstos trapos?

D. RAFAEL. (*Muy abatido*) ¡Eduardo, basta ya! (*Lo dirá con vóz ahogada.*)

EDUARDO. Papá: gracias que, al fin, me has comprendido; ahora me queda un ruego: procura arreglar los intereses de mamá; ¡hay que dar al Cesar lo que es del Cesar, y á Dios lo que es de Dios! Todo para tu mayor tranquilidad.

D. RAFAEL. ¡Todo se hará, todo! ¡No hables más!

(*Después de una pequeña pausa, derepente Eduardo corre hacia D. Rafael, coje con ambas manos la derecha de este y la besa con efusión.*)

EDUARDO. Papá: perdona á tu hijo; si ha estado bastante duro para contigo esta vez, culpa á las circunstancias, y no á él.

(*Deja á su padre y corre hacia Nina y Belén, y las besa en la frente, una por una.*)

—Hermanas mías: ¡perdon! Siempre sereis mis hermanas queridas. No me hé olvidado, ni en un solo momento, de que sois mis hermanas. ¡Pero mi madre es mi madre!

(*Se coloca en medio del cuadro.*)

—Si mi decisión os ha parecido violenta, no la achaqueis á la supuesta Americanización de mi alma, nó: el alma de un filipino no se sajoniza jamás; las que se sajonizan son las costumbres. Mi alma, á pesar de mis años en América, no ha cambiado, es la misma, sigue siendo filipina, y, como tal, es muy noble y generosa.

¡Os perdono!

(*Telón*)

Fin de "Alma Filipina".

ALMA FILIPINA